

Navidad: llamados a la comunión con Dios

En la Noche Buena hemos proclamado el relato del nacimiento de Jesús en el evangelio según San Lucas, un relato simple, concreto, que toca nuestra imaginación y nuestros afectos, y nos involucra como protagonistas o testigos. Pero en la misa del día de Navidad proclamamos el comienzo del evangelio según San Juan, su “prólogo”, que nos invita a contemplar este acontecimiento desde otra perspectiva: la de Dios. “En el principio existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios” (Juan 1, 1).



“En el principio”. Juan cita las primeras palabras de la Biblia, el comienzo del libro del Génesis. Este último busca responder, en primer lugar, una pregunta: ¿qué había antes del mundo? ¿Cómo creó Dios al mundo? La respuesta es: “antes” no había *nada*, aunque utiliza una expresión menos abstracta: antes había solo “caos y confusión”. Dios creó el universo poniendo orden y armonía en ese caos a través de una actividad de división: luz y tinieblas, cielo y tierra, astros del día y de la noche, tierra y aguas, seres vivos, plantas y animales, hasta que finalmente, coronando su

obra, crea el ser humano a su “imagen y semejanza” e introduce la última distinción, entre varón y mujer.

Pero el “principio” tiene también un significado que no es temporal: ¿qué es el mundo? ¿qué/quienes somos nosotros? Y la respuesta es la misma: *nada*, nada por nosotros mismos, todo lo que somos lo recibimos de Dios. En una palabra: somos criaturas. ¿Por qué existimos, entonces? Porque Dios quiere, y lo quiere libremente, porque no nos necesita, nos quiere en la existencia porque nos ama, Y en la medida que aceptamos nuestro lugar de criaturas respetando el orden puesto por Dios vivimos plenamente, pero si desafiamos ese orden (pecado), retornamos al caos primordial.

El evangelio de Juan retoma esta idea para penetrar en la intimidad de Dios. El orden, la belleza y el sentido que Dios infundió en el mundo y en nuestra vida, son el reflejo de la Sabiduría (Palabra o Verbo, Sabiduría que se comunica) que “estaba junto a Dios y era Dios”, no “otro Dios” sino igual en dignidad a Dios (insinuando así el misterio de la Santísima Trinidad)

La Sabiduría se manifestó de diferentes formas (“Dios habló de muchas maneras”, dice la segunda lectura, Hebreos 1,1-6): primero, resplandeciendo en el Universo, pero los hombres no la reconocieron; luego, “vino a los suyos”, a su Pueblo Israel, pero los suyos no la recibieron; por eso, finalmente, la Palabra “se hizo carne y habitó (o “puso su morada”) entre nosotros”, es decir, asumió una humanidad débil como la nuestra (“carne”): nació como un Niño en Belén.

Niño de Belén, exteriormente, fue como cualquier otro niño, pero para nosotros los creyentes, Él es la clave para entender la realidad y nuestra propia vida, incluso lo que tiene de más oscuro y aparentemente sin sentido. ¿Por qué? Porque conforme a nuestra fe: Jesús **es plenamente hombre**

y **plenamente Dios**, no en parte y en parte lo otro, sino todo Él hombre y todo Él Dios. En su misma persona, el Niño es la comunión perfecta entre el hombre y Dios, y el signo de nuestra vocación a vivir en plena comunión con Él. Por medio de la “Sabiduría hecha carne” Dios quiere completar la obra que comenzó “en el principio” al crearnos.

El Niño desmiente la idea de que sólo podemos hacer lugar para Dios en nuestra vida privándonos de nuestro propio lugar, y que, por lo tanto, necesitamos defendernos de Dios, sea negando su existencia (los ateos) sea negando la posibilidad de saber si existe (agnósticos) sea como tantos creyentes que recurren a Dios por situaciones y necesidades especiales, pero “sin exageraciones”, teniéndolo, por así decir, “bajo control”, por miedo a que los comprometa demasiado, les exija demasiado, o les impida seguir su propio proyecto, convirtiéndose en un obstáculo para su felicidad.



Sandro Botticelli, *La Navidad Mística*, 1500

Pero la Palabra se hace visible como un Niño que nos desarma, porque viene sin poder, sin imponerse, invitándonos por su sola presencia a abrirnos en el afecto, en vez de encerrarnos en una reacción de autodefensa. Se nos ofrece así el don de la “paz” que celebra el coro de ángeles y, más que un sentimiento de tranquilidad, es el fin de la distancia que separa al hombre de Dios, la reconciliación con Dios a la que exhorta San Pablo (2 Corintios 5, 20). En algunos cuadros de la Navidad, los ángeles descienden a contemplar y adorar al Niño mezclándose con los pastores. Botticelli va más lejos: los ángeles danzan y se abrazan con ellos. Ha desaparecido la frontera entre el Cielo y la tierra. En aceptar o no este don de la paz se pone en juego nuestro destino: participar de la vida de Dios o retornar al caos primordial.

La Navidad es la **“Buena Noticia”** ardientemente esperada: “hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que proclama la paz, que anuncia la buena noticia” (Isaías 52, 7, primera lectura). Qué hermoso es el Niño de Belén, el mensajero de la Buena Noticia que es Él mismo: el nuevo “principio”, la Nueva Creación, la nueva vida que Dios nos ofrece, porque a través de este Niño, “la Palabra hecha carne”, Dios nos llama a la comunión con Él.